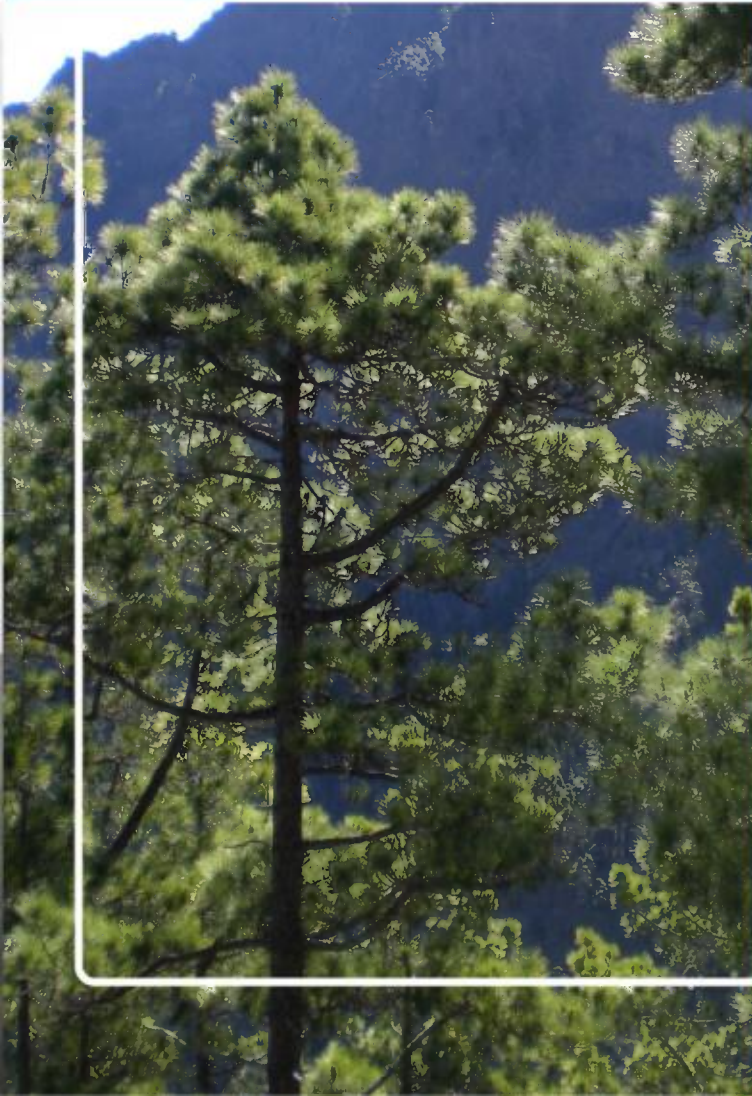


Ángel Sosa Ortega

Nueve islas,
Nueve ensueños



- Ángel Sosa Ortega -

**NUEVE ISLAS,
NUEVE ENSUEÑOS**

Relatos y Fotografías: Ángel Sosa Ortega
legna.asos@gmail.com

Ilustraciones: Luís Naranjo Sosa

Maquetación: Iván Peralta
vanitaperal@gmail.com

Impreso en: Gráficas Doramas, S.L.
gdoramas@graficasdoramas.com

Las Palmas de G.C., Abril de 2.011

Agradecimientos:

A mis compañeras y compañeros de la 11ª promoción de Peritia et Doctrina, por su amistad.

A 'Pancho', por ser mi musa.

INDICE

PRÓLOGO	1
RELATO 1.- El Lagarto	3
RELATO 2.- Las Grajas	21
RELATO 3.- La Paloma.....	41
RELATO 4.- La Alpiska.....	55
RELATO 5.- Los Guirres	69
RELATO 6.- El Camello	86
RELATO 7.- Lobos	105
RELATO 8.- Los Cangrejos.....	119
RELATO 9.- Las Pardelas.....	135
EPÍLOGO	149

Prólogo

Cuando hace ahora trece años la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria me propuso formar parte de un nuevo proyecto que llevaba el nombre tan estrambótico de *Peritia y Doctrina* no podía sospechar hasta qué punto la aceptación iba a remover mi vida como un tsunami de emociones. El nombre de la cosa, según me contaron más tarde, venía a conciliar el rasgo esencial de los alumnos (la pericia) con el de los profesores (la doctrina, esto es, la enseñanza). Aún hoy me surgen dudas sobre si no son ellos los que aportan ambas cosas, pues no ha habido una sola tarde en que me haya vuelto a casa sin aprender algo nuevo de ese grupo de hombres y mujeres que exhiben la pasión de un arqueólogo y la curiosidad de un niño.

En mis clases de Lengua y Literatura les hablo de cosas tan variopintas como la estructura de la novela, el español hablado en Canarias, el cine o el folclore. Les propongo una reflexión sobre nuestra manera de expresarnos, les leo cuentos (propios y ajenos), les recomiendo libros y películas. Pero si hay algo en lo que insisto casi con porfía es en hacerles caer en la cuenta de que ellos son los portadores, los depositarios de la materia de la que están hechos los sueños: la memoria.

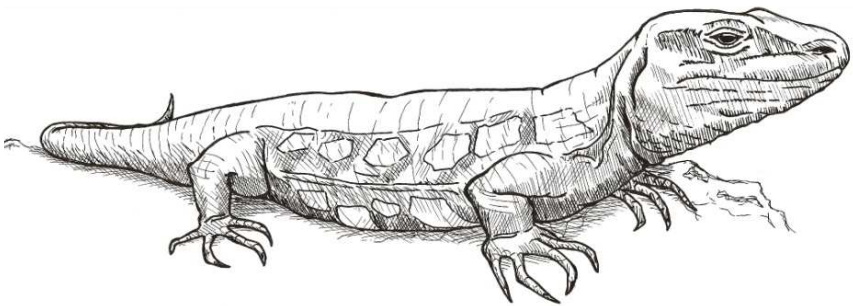
En efecto, en un mundo de prisas y relaciones virtuales, un mundo uniforme y a veces sin matices, ellos pueden devolvernos la tradición y la cultura populares. En algún lugar he leído que, en los pueblos primitivos, los líderes a quienes todos seguían no eran los más fuertes ni los más altos ni siquiera los más listos del poblado. Eran aquellos que tenían la capacidad de recordar, aquellos que contaban las hazañas del pueblo, que mantenían viva la llama de la tradición. De ahí mi insistencia en que contaran, en que escribieran aunque fuera para sus nietos cómo se vivía en los tiempos en que no había televisión ni teléfonos móviles ni Facebook.

Soledadita miraba al suelo con mirada ausente. Estaba sentada en la pequeña habitación que le servía de zaguán, con la puerta de la casa abierta, y notaba el fresquito de la noche. Sus pensamientos vagaban sin rumbo. Había anochecido casi de repente como era habitual en las noches de otoño en la isla. Sintió algo de frío y se dio cuenta de que mantenía el quinqué sin encender. Se levantó con desgana, fue a por los fósforos, encendió uno para prender el petróleo y con la lámpara en la mano caminó hacia el dormitorio, en busca de la pañoleta que se echó por los hombros.

Tanta insistencia, por lo que han leído y van a leer en este libro, ha tenido sus frutos. Uno de aquellos jóvenes con pericia se ha atrevido a poner negro sobre blanco la serie de historias que ahora presentamos. Son nueve relatos cargados de entusiasmo y ternura. Nueve historias que huelen a tierra húmeda y volcán, a sal y aulaga. Ángel Sosa Ortega nos ofrece aquí una serie de vivencias que entroncan con el paisaje y la tradición, no en vano llevan título de animales, como aquellos que plagaban las fábulas de Iriarte o Samaniego: el lagarto, las grajas, la paloma, la alpispa, los guirres, el camello, los lobos, los cangrejos y las pardelas.

No soy crítico literario. Soy lector. Por eso me niego a hacer aquí un estudio formal de la obra de Ángel Sosa Ortega, un análisis estilístico de su narrativa o una reflexión acerca de lo que pudo influir o no en su manera de contar historias. Me he limitado a leer, a gozar de la lectura, a empaparme de sensaciones íntimas y llorar y reír con sus personajes. E invito a todos a que hagan lo mismo. Acaso después de hacerlo alguien tenga que reconsiderar el título del proyecto gracias al cual Ángel y yo nos conocimos. Porque *Peritia y Doctrina* sí, pero a ver quién presume ahora de escritor.

José Luis Correa Santana
Profesor de la ULPGC y Escritor



Relato 1.- El Lagarto

Don Tomás Naranjo llegó puntual al casino, se sentó en el sitio que acostumbraba, se quitó el sombrero que colocó con cuidado sobre la mesa y arrimó el bastón a la esquina de las paredes que le quedaban cercanas. De forma automática se aflojó el chaleco, se cambió de gafas por las de leer y, por fin, abrió el periódico como siempre hacía por la página tres. Gustaba don Tomás de leer los artículos de opinión para mantenerse al día sobre las cuestiones candentes en las islas y en esta página venían las opiniones dispares de colaboradores que no siempre con buenas palabras trataban de llevar el agua a sus molinos.

Nuestro personaje, hombre de profundas convicciones, no se dejaba llevar por ninguno de los profesionales o aficionados que llenaban diariamente su hoja preferida. Leía atentamente, contrastaba, rumiaba los temas tratando de ver los pros y contras y, cuando ya quedaba satisfecho, pasaba a leer las otras secciones del periódico.

Podría pensarse que haría uso de su lectura preferida para participar en tertulias con otros asiduos al club que, como él, venían a la hora del mediodía o por las tardes a echarse un vino, seco y fuerte que ardía en la garganta, y charlar un rato sobre los temas diarios que a unos y a otros afectaban. Pero no, era Masito, o señor Naranjo, como cariñosamente lo llamaban, hombre de pocas palabras, al parecer ensimismado en sus recuerdos, que compartía con los escasos tertulianos, frases cortas de saludos. No obstante Masito tenía sus prontos, sobre todo cuando un par de vinos le hacía salir de su mutismo, y entonces narraba cosas curiosas de su vida, contaba chistes las más de las veces picantes y se arrancaba cantando una folía o una malagueña de su isla o cantaba 'Amapola' o cualquier otro aria de zarzuela con voz apagada de tenor.

El casino o club era más bien una pequeña y humilde taberna de un humilde y pequeño pueblo. Lo regentaba Camilo, un jubilado del pueblo que al quedar incapacitado para los trabajos agrícolas pensó en la posibilidad de pasar las horas muertas tras el mostrador atendiendo a parroquianos del lugar y a los escasos viajeros que por allí pasaban. El bar, al que su propietario bautizó pomposamente con el nombre de 'Casino' pintado con pintura roja sobre la puerta, quizás en recuerdo de alguna película o novela a las que era aficionado, constaba de una habitación alargada, un pequeño mostrador, unos anaqueles con botellas de vino y otras variadas cosas, cuatro mesas con manteles de hule y dos ventanas entre las que permanecía sin uso una máquina de discos ya obsoleta. En la trastienda, en una cocina que compartía el bar con la casa familiar, la mujer de Camilo, Reyitas, preparaba exquisitos guisos que eran el mejor reclamo del establecimiento.

Masito hizo amistad con el tabernero casi al poco de llegar al pueblo. Eran más o menos de la misma edad y si bien sus trayectorias habían sido muy distintas pronto encontraron puntos en los que afianzar la mutua confianza. Camilo era un libro abierto y su vida, siempre unida al pueblo, era conocida por todos. Masito por el contrario vino desde Isla Grande, una de las islas capitalinas, y traía consigo recuerdos y misterios. Poco a poco éste fue desvelando a su nuevo amigo aquella vida que había llevado hasta que decidió por propia voluntad venirse con sus escasos enseres a pasar el resto de los años que tuviera que vivir aquí, entre prados y vientos.

Así pudo Camilo enterarse de que en Isla Grande había nacido Masito y que había tenido una infancia feliz en el seno de una familia que le adoraba. Que sus estudios primarios y de bachillerato pasaron

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

sin pena ni gloria sin que cambiara el rumbo de estudiante mediocre en la Escuela de Comercio. Que trabajó donde pudo muchos años hasta que decidió cambiar y venirse.

Todo esto fue contado por quien había venido de Isla Grande, con un sonsonete de desgana como si nada de ello mereciera la pena de ser contado. ¿Quién no ha tenido un empleo, una infancia, unos estudios? Pero cuando la voz se le alteraba y los ojos le brillaban como ascuas en la noche era cuando hablaba de su querida playa. Diríase que revivía los momentos vividos tumbado al sol en la rubia arena o sebandando olas o nadando en las inmediaciones de la Peña la Vieja, desde donde los muchachos se tiraban de cabeza, o tratando de coger peces por los Lisos, o caminando por la orilla con el agua acariciando sus pies en compañía de los amigos hasta donde estaban los barcos de colores en La Puntilla, o margullando por fuera de La Barra para ver los fondos marinos, o amagando caricias con la chica de sus sueños.

Había sido un amor de juventud consolidado con el tiempo. Se conocieron en la playa capitalina bajo el sol de verano, en vacaciones, y desde entonces habían sido el uno para el otro. Se buscaban, reían, jugaban al clavo, quedaban en la pandilla para hacer las mil diabluras que se les ocurría. Eran queridos por sus amigos, numerosos amigos con los que compartían las idas al cine o los bailes de juventud de los domingos por la tarde con la música romántica de entonces. Todo su mundo estaba en ellos y no aspiraban a nada más pues con poco les bastaba para ser feliz.

Un día, un horrendo día que Tomás quiso que jamás hubiera existido, ocurrió. Un accidente fatal, un atropello de uno de los pocos coches que entonces circulaban por la ciudad se la llevó para siempre.

Quedó con el alma rota y nunca supo lo que había sucedido en el tiempo en que velaron a la joven ni cuando fue su entierro ni su funeral. Su mente quedó en blanco un largo tiempo y sólo a fuerza de ánimos que recibía de amigos y de su familia querida pudo terminar con apuros los estudios y luego trabajar.

Desde entonces dejó de ir a su playa capitalina. Cambió de rumbo y empezó a frecuentar sin más compañía que su recuerdo doloroso las enormes extensiones de arena amarilla de las playas del sur de su Isla Grande. En ocasiones la puesta de sol le gritaba el nombre de su amada acostado sobre las dunas y al quedar dormido la luz intermitente del alto faro de la playa era su única compañía.

Poco a poco fue cambiando su ruta y empezó a frecuentar el campo. Subía hasta las medianías o hasta las cumbres y caminaba hasta cansarse por vericuetos perdidos entre las flores y las malezas. Trataba de no ver a nadie para a nadie tener que dar cuenta de su dolor.

Los años fueron pasando de forma rápida y en su cabeza tomó fuerza una doble determinación irrevocable: no se casaría jamás, y desde que pudiera iría a vivir a Isla Pequeña en la que, le habían dicho, olvidaría su querida playa viviendo en uno de los pueblecitos del interior.

Llegó una madrugada al puerto de La Estaca en uno de los correíllos interinsulares, con un macuto en que traía las posesiones de las que no quiso desprenderse. Preguntó y se las ingenió para que lo llevaran al pueblo más perdido de la isla en donde pudiera alquilar una habitación que le diera cobijo. La isla, pequeña, contaba

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

solamente con dos municipios y le llevaron a Frontera, en un paisaje paradisíaco en donde poco a poco encontró la paz que anhelaba.

De todo esto quedó pensando, o soñando, don Tomás después de la lectura del periódico en la mañana, al quedar medio traspuesto. Se desperezó por fin y atendiendo a la invitación de Camilo y de Reyita, quedó a comer con ellos en el bar en el que una pareja de jóvenes extranjeros le hacían compañía. Hablaron y Reyita quedó roja como un tomate con un chiste verde, verdísimo, contado por Masito en un arranque.

Tras el almuerzo y mientras tomaba un café fuerte para quitar lo que le quedaba de somnolencia abrió Masito nuevamente el periódico y se topó con una noticia que había visto en la mañana y a la que no había dado importancia. Informaba la nota de que se tenía noticias veraces de haber visto uno de los lagartos gigantes, que ya casi habían desaparecido de Isla Pequeña, cerca del pueblo.

☪ - - - ☪

Los descendientes de los bimbaches, antiguos pobladores de Isla Pequeña, y de quienes vinieron a cambiar sus vidas por la conquista que de la isla hicieron hacía ya tantísimo tiempo, ven pasar tranquilamente los días. No se arredran ni siquiera por el viento que hace que las milenarias sabinas plieguen sus ramas acercándolas al suelo. Ni por las tormentas que año a año castiga a la isla ni por las brumas del alisio que dieron vida al Garoé, árbol sagrado, que manaba agua que era recogida en pocetas. Disfrutaban de acantilados sobre las azules aguas y de cuevas marinas, y de túneles abiertos en la lava y de barcos hundidos bajo la superficie del mar.

Viven sin grandes sobresaltos y una noticia como aquella de la aparición de un lagarto gigante no visto en generaciones vino a ser un agradable sobresalto en sus vidas. En el 'Casino' se hablaba diariamente sobre el animal indicando algunos que podría medir seguramente un metro desde la cabeza hasta la cola, otros, más comedidos, daban la medida de medio metro y alguno decía que seguramente sería grande como un gato; quienes indicaban que su piel sería escamosa como los caimanes; con veneno fatal en sus dientes aseguraban los timoratos, mientras que los atrevidos mantenían que su carne era excelente.

Aumentó el número de clientes al bar por aquellos días hasta límites insospechados haciendo que las botellas de vino que Camilo tenía en los anaqueles fuesen insuficientes y que Reyita tuviese que multiplicarse para dar comida a tantos curiosos que venían en busca de noticias. De toda la isla llegaban mujeres y hombres para buscar al animal con ahínco, hasta que pasadas unas semanas fue enfriándose la fiebre colectiva que la noticia había producido, y poco a poco la vida volvió a la normalidad.

Quien no quedó tranquilo fue don Tomás. Aquellos días habían sido para él un revulsivo y empezó a curiosear por todas partes. Primero, por el camino que llevaba diariamente desde su casa al bar; luego, saliendo un poco del pueblo por la carretera que unía a éste con los pueblos cercanos. Cada día un poco más lejos creía ver la cabeza del reptil en cualquiera piedra que sobresaliera. Andaba enfebrecido y como atontado y el matrimonio comenzó a preocuparse cuando dejó de ir por el 'Casino' a leer el periódico, viendo que ni siquiera comía lo necesario.

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

Compró una cantimplora y con ésta llena de agua y un trozo de pan y queso en un cartucho de papel fue alejándose cada vez más. Contrariamente a su costumbre preguntaba a cuanta persona veía, casi sin saludarla, por el lagarto. Algunos contestaban diciendo que habían visto al animal en sitios tan distantes entre sí que don Tomás fue sintiendo que el cansancio y la duda podían con su empeño.



En una ocasión en que subió a unas peñas porque las sombras le engañaron y creyó ver al saurio, pisó mal y en la piedra resbaladiza perdió pie y cayó con tan mala fortuna que el tobillo de su pierna derecha, y la rodilla, inmediatamente tomaron un tamaño desmesurado. Volvió a casa como pudo, sin la ayuda del bastón que se le había roto en la caída, y por indicación del médico hubo de

guardar reposo varias semanas. Parecía entonces una fiera enjaulada, y ni siquiera las visitas de Camilo y de su mujer que trataban de apaciguarlo, ni la lectura de los diarios atrasados en los que buscaba afanosamente noticias sobre su presa podían calmarlo.

Llegó incluso a visitar a don Tomás el cura joven que atendía las parroquias colindantes y que venía al pueblo cuando podía para decir la misa, para algún casamiento, un bautizo o un entierro. Don Jesús, el cura, buscó en Masito aquellos temas que pudieran interesarle para sacar de su mente la obsesiva presencia del lagarto. Así pudo saber que le gustaba leer a los autores clásicos y a algunos modernos, que le encantaba escuchar toda suerte de discos microsuros en el tocadiscos que tenía en su habitación, que era un enamorado de los crucigramas que venían en los periódicos y que, sobre todo, era un naturalista entusiasta.

Después de salir de su enclaustramiento don Tomás compró un nuevo bastón, esta vez una lanza bien preparada para las caminatas por senderos, brechas y veredas. Se hizo con una pequeña y cómoda mochila además de unas botas con punteras y talones de hierro y se propuso, aprovechando el buen tiempo de la primavera, recorrer cuanto camino hiciera falta en cuanto tiempo fuese necesario hasta dar con lo que, de forma casi infantil, iba buscando.

Recorrió primero los parajes más cercanos al pueblo escudriñando entre las piedras volcánicas, encima de los muros, en lo alto de las casas, entre las tuneras, al pie de cualquier montículo o en medio de los zarzales. No quedó mato ni árbol en los que no fijara sus ojos ansiosos. Estaba desde la mañana hasta la noche con una

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

inconsciencia del tiempo y volvía a casa ya cuando la obscuridad le impedía seguir en la búsqueda.

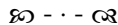
Encontró por los caminos al pastor con las ovejas que gustan de comer el trébol y al que cuidaba de las cabras saltarinas entre las peñas. A otro llevando la vaca con la ubre llena de expectación. Vio al agricultor atento al cuidado de la tierra arándola con cariño con ayuda de los bueyes, y pudo gozar con las plantaciones de piña tropical y con las vides que crecen a ras de tierra.

Poco a poco iba agrandando el círculo y casi sin proponérselo pasó a los pueblos cercanos. Los nombres y las fisonomías de éstos llegaron a serles familiares y en aquellas largas caminatas más de una vez le cogió la noche sin haber regresado a la casa que le albergaba. Estaba ojeroso y había perdido peso por las largas caminatas y la falta de comida adecuada pues llevaba semanas alimentándose de bocadillos.

Camilo y don Jesús se alarmaron por esta situación y, a petición del médico, decidieron acompañar a don Tomás en la búsqueda que éste había iniciado confiando en que fuera tan sólo un capricho majadero. A duras penas consiguieron que durante unos días quedara en casa para reponerse y descansar con la promesa de la ayuda. En estos días, y ante un viejo mapa militar que Camilo sacó de no se sabe dónde, estuvieron proponiendo rutas, decidiendo sitios, sopesando dificultades. Decidieron dejar las zonas en las que no era posible –por su altura- que el lagarto estuviera. Dejaron de lado, por el momento, la zona sur de la isla por más improbable. Y se centraron, después de arduas discusiones en comenzar por Sabinosa al suponer que bien podría el animal haber ido hasta esta zona después de haber estado por el pueblo.

Estuvieron así reunidos en la taberna procurando dejar solo a Masito el menor tiempo posible ante el temor de que éste cogiera los bártulos y escapara para reanudar las pesquisas por su cuenta. Reyita se esmeraba en prepararles lo mejor de su cocina contenta de ver que sus guisos hacían que nuevamente la cara de don Tomás recobraba vida y volviera éste a sus viejos chistes. El médico se dejaba caer, como para tomar una copa de vino, a veces acompañado de su hija, y de refilón veía la mejoría innegable de su paciente.

A todas éstas el verano se acercaba. Esta circunstancia era favorable pues sabían los contertulios que los lagartos acostumbran a pasar largas horas al sol. Ello les daba ánimos y decidieron no retrasar más la salida así que, como primera medida, llevó don Jesús su viejo Seat al taller para ponerlo en condiciones. Quedaron que siempre que el cura pudiera acompañaría él a Masito y que, cuando no, lo haría Camilo aunque el coche de éste, más viejo no estaba ya para muchos trotes. Quedaron pues en salir el primer lunes de junio y a la buena suerte se encomendaron.



Huele a tabaco rancio el Seat del cura. Fuma éste desde que salió del seminario y las cenizas de sus cigarrillos virginios dejan el inconfundible aroma en el habitáculo del coche. Lo percibe Masito al compararlo con el aire limpio de la mañana del que se disfruta en el amanecer. Aún no es de día y luce con macilenta luz los pocos puntos de alumbrado que hay en el pueblo. Están presentes Camilo y Reyita y también la hija del médico que siente especial admiración por quién ha venido de Isla Grande. Junto a ellos está Carlino el perro de don Jesús, magnífico animal amigo de las andanzas del cura al que

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

acompaña cada vez que éste vagabundea por llanos y laderas. Conoce el cura como nadie, a pesar de su juventud, la isla. Nació en ella y, como cuenta luego en el recorrido a Tomás, (no se atreve con el diminutivo), se ordenó de sacerdote animado por las veces que desde pequeño vio la Bajada de la Virgen de los Reyes.

Con su verbo fácil y con unas ganas que delatan su amor por Su Señora va don Jesús narrando como llegó a Isla Pequeña la sagrada imagen. Dice que fue en un día 6 de enero, allá por 1546 cuando aparece la imagen dejada por unos marineros que iban a América en las costas. Que de ahí, del día 6 de enero, la advocación de Virgen de los Reyes. Que depositaron la escultura en una cueva a la que llamaron "Cueva de la Virgen". Y cuenta como los pastores la toman por su Santa Madre y que, para construirla una iglesia, entregaron durante mucho tiempo al mayordomo el primer cordero y el primer queso de cada año. Y de cómo, para cumplir una promesa porque la Virgen acudió en auxilio de la isla en grandes sequías, desde hace muchos años los humildes pastores llevan de una localidad a otra la sagrada imagen, entregándola unos a los otros en la "raya" que separa a cada pueblo del vecino. Y le cuenta de la rivalidad en las "rayas" porque unos no quieren dejar la imagen y otros están ansiosos por recibirla. Y le habla de los danzarines y de los pitos y de las chácaras...

Iba Tomás Naranjo embebido en sus pensamientos sin prestar atención a lo que contaba su acompañante. Para él las palabras del cura eran como agua de lluvia que estuviese cayendo sobre la carrocería del coche y resbalara por las ventanas. Le dolía aquella mañana la pierna en la que el tobillo seguía sin tener su tamaño normal y notaba la presión de las botas nuevas en el pie que seguramente tendría hinchado. No quiso comentar su dolor

intentando como un niño ocultar su mal para no retrasar las expediciones. En su mente tenía dos únicos pensamientos: ver como aguantar para no hacer visible su posible cojera y la esperanza de encontrar pronto al lagarto.

Llegaron a su destino en poco menos de media hora, aparcó el coche don Jesús allá donde le pareció bien y bajaron acompañados de Carlino. Se quitó el cura la sotana, que dejó sobre el asiento junto a la chaqueta de Tomas, para ir más cómodos en la caminata y sin cruzarse con nadie que pudiera entretenerles echaron a andar hacia las montañas. El perro les precedía alegremente volviendo la cabeza cada poco para ver que les seguía y correteaba con el ímpetu de sus jóvenes años.

Caminaron durante horas. La pierna de Masito iba hinchándose y él disimulaba cuanto podía para que la mirada atenta del cura no se diera cuenta de su sufrimiento. Primero se desabrochó el chaleco, luego se lo quitó y lo dejó al pie de un árbol al que se sentaron a caminar. Aflojó un poco los cordones de su bota derecha y se dejó caer casi sin resuello. En ocasiones le parecía ver la cabeza del saurio asomando en cualquier sitio. Cualquier sombra le reproducía su cuerpo que suponía enorme.

Comieron algo y bebieron de una fuentecilla y don Jesús trató varias veces de que volvieran atrás dándose cuenta del lamentable estado de su compañero. Inútil fueron los intentos pues el exhausto de don Tomás siempre le decía: 'Un poco más, un poco más. Seguro que ya pronto lo encontramos'.

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

Pasaron las horas más calientes del mediodía y reanudaron la marcha hacia unos lajiales que tenían a su izquierda. El cura veía a su paso las Sabinas retorcidas pero a esta hermosa estampa de los árboles inclinados por el viento en contorsiones fabulosas, que en otras ocasiones había impresionado a Masito, no le hacía esta vez mella alguna como si no la viera. Llegaron y se introdujeron en el paisaje salvaje de las lavas petrificadas que ofrecen multitud de formas inimaginables para el más afamado de los artistas. Crecen entre las lavas, introduciendo sus raíces allá donde pueden las plantas y Carlino pasa entre ellas con su corretear de sabueso. Don Jesús contiene sus ganas de correr también adecuando el paso al de su compañero que cada poco resbala sobre la superficie por las herraduras de las botas. El hierro no se agarra bien a la superficie de lava rugosa y hace que cada poco Masito pierda el equilibrio aunque nunca llega a caer.

Pasan las horas, el cansancio cada vez es más visible y por fin el cura consigue el regreso. Con cuidado, casi pasito a paso, van deshaciendo el camino. Llevan el sabor de la derrota porque el maldito animal (así lo llama ya don Tomás) no se deja ver. Cuando salen de los lajiales se encaminan al árbol donde habían dejado el chaleco y siguen sin ánimo ya de conversación hasta el coche. El regreso es de un mutismo total si bien quisiera el cura un poco de conversación que intenta pero que no consigue.

Llegan al pueblo y sin ni siquiera parar para saludar a Camilo y Reyita en el bar, Masito de despidió de don Jesús y se dirige a su casa.

Una palangana de agua tibia con sal que prepara sobre la



marcha le sirve para poner en remojo sus atormentados pies.

Los días siguientes pasan de forma plácida. Diríase que la fiebre enfermiza que padecía don Tomás Naranjo había remitido y que curado ya de su mal volvía a su acostumbrada vida anterior. Así se le podía ver llegar al 'Casino', ocupar el sitio acostumbrado, colocar el sombrero cuidadosamente sobre la mesa, colocarse las gafas de leer y abrir el periódico por la tercera página para leer los artículos de opinión. Incluso se permitía algo de tertulia con Camilo y con algún

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

cliente que le saludaba y le preguntaba cómo iban las cosas. Contestaba con amabilidad, hablaban del tiempo o de las plantaciones o del ganado e incluso se interesaba por los hijos o nietos según fuera el caso y cuando no narraba alguna anécdota dormida en su memoria.

Este paréntesis se ve interrumpido el día en que la hija del médico entró como una exhalación en el bar y dirigiéndose al apacible Masito le dice: ¡"Esta vez si va en serio; esta vez sí. Lo han visto por las Playitas y es un animal precioso"! Estaba con el pelo alborotado y la cara colorada como si hubiera venido corriendo. Quienes estaban en el pequeño bar no tuvieron necesidad de moverse casi para rodear a la joven y ésta explicó que estando en la capital aquella mañana había podido leer en el periódico del día anterior la noticia: unos pastores habían visto a muy corta distancia a un ejemplar bastante robusto de color pardo negruzco que podría medir no menos de medio metro.

Al cabo de unas pocas horas los pocos vecinos del pueblo, aún los de las casas más alejadas, estaban enterados de la noticia. No se sabe como pero sin que nadie les convocase fueron apareciendo y juntándose delante del 'Casino' y junto con ellos aparecieron unas viejas camionetas y unos desvencijados coches. Al poco estaban todos, menos don Jesús que atendía otra parroquia, subidos en los vehículos y como para ir a la Bajada de la Virgen se pusieron a cantar y a aplaudir regocijándose por adelantado de la excursión prometida. ¡Iban a las Playitas! ¡Iban a ver al lagarto gigante!

Dieron vueltas y vueltas, vieron lagartijas y lagartos comunes. Chapotearon en las aguas cristalinas como niños en vacaciones. Se divertieron... Masito estaba añurgado con un nudo en la garganta. Recordó, como si fuese ayer cuando la vio por última vez, a su Playa de las Canteras y sintió como nunca los besos de su amada. El corazón

se le contrajo y la sangre le hervía como la espuma de las olas del mar cuando chocan contra los acantilados de Isla Pequeña en las borrascas.

Volvieron con las manos vacías y un vacío traje Masito de aquella visita. Pensó en abandonar la captura del animal. Pero aquella noche, en la soledad de su cama mientras daba vueltas sin poder coger el sueño que le atenuara su congoja, tomó una determinación importante: volvería solo a buscar por última vez. Su instinto le llevaba a los Roques del Salmor. Aún con noche oscura se preparó para la partida no llevando en esta ocasión ni lanza, ni chaleco, ni corbata, ni chaqueta. Con un pantalón corto, una camisa, las botas con herraduras en punteras y talones que había hecho ya a sus pies y una cachucha para prevenirse de los rayos del sol salió al aire frío de la mañana y como un fugitivo comenzó a alejarse del pueblo.

En Roques del Salmor estuvo dando vueltas atendiendo a cualquier indicio que le previniera de la proximidad del saurio. Vio huellas y las siguió que fueron siempre de lagartos comunes. No desesperaba, pues hoy su fe era inmensa en que su intento, por fin, iba a tener éxito. Sin pensar en la fatiga estuvo por el Roque de dentro y luego por Roque Chico que es el de fuera en donde observó la presencia de una cantidad grande de lagartos tumbados al sol. Sus pasos le llevaron luego a la Fuga de Gorreta, promontorio saliente de 400 metros de altitud en pleno farallón rocoso. ¡Entonces lo vio!. Su corazón dio un vuelco al ver semejante ejemplar de animal y casi por instinto se agachó para no espantarlo. Era un deleite contemplar esta maravilla de la fauna de Isla Pequeña. Estaba sobre las rocas, las cuatro patas afianzadas en el suelo, la cabeza levantada en un gesto de altivez mostrando su boca cerrada y sus ojos resplandecientes a la

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

luz del sol de la tarde. Veía Masito un cuerpo de gran talla de color pardo negruzco con ocelotes amarillos en los costados con escamas grandes que terminaba en una cola larga, muy larga.

Se levantó con cuidado para ir acercándose lentamente hasta donde estaba el animal. La roca estaba húmeda por el agua del mar que la bañaba. Masito tenía sus ojos puestos solamente en el lagarto y casi no se enteraba donde pisaba. De repente sus botas de herradura resbalan en el suelo donde hay pequeñas plantas marinas. Pierde el equilibrio, trata de agarrarse en el aire salobre de la tarde y como un pelele cae de la cresta saliente y queda su cuerpo terriblemente magullado y herido en el fondo, sobre las rocas.

Días más tarde lo encuentran don Jesús y Camilo. El cuerpo sin vida de don Tomás Naranjo yacía en posición extraña y en sus ojos abiertos aún había como una mirada de estupor. Y encima del cuerpo de Masito formando con él una bella estatua de hierro estaba, hermoso y altivo, el lagarto gigante.

El cura, con lágrimas en los ojos, le dio piadosamente la extremaunción. Mientras, Carlino rompía el silencio con desgarrador aullido, ladrando su desconsuelo.



Dicen quienes la han visto que la isla de San Borondón está muy cerca de nosotros en algún lugar del extenso Atlántico. Dicen, que en ella seguramente habitan los trasgos y los duendes de latitudes superiores a la nuestra y que a lo mejor las brujas de nuestros campos se cobijan entre sus brumas.

Estas cosas no las sabía 'Pancho' y por ello no pudo inspirarme ningún relato que tuviera asiento en la isla misteriosa de nuestro archipiélago. No obstante, yo veo en ocasiones a mi fiel perro con sus ojos semicerrados, cuando duerme la siesta, y entonces no me cabe la menor duda de que un día, más bien temprano que tarde, sacará de sus sueños historias de su mundo encantado.

Cuando, con susurros de ladridos me las cuente, trataré de darles forma. Y entonces los seres encantados de San Borondón nos dejarán saber de sus alegrías y de sus penas, que uniremos, quizá, a la de los personajes de estos ensueños de 'personas' verdaderas.

